

Mira el águila verde, mira el águila

Mira el águila verde, mira el pájaro verde, mira la cosa inmensa que se ha posado, fija, sobre la casa, mira el árbol con ojos, este pájaro férreo, qué pasa, di, qué pasa, es que voy a morirte (cuídese un poco, joven, que es ya viejo, dijo el médico), es que vas a morirte, qué anuncia el grande pájaro con alas de jardín, mira el águila verde, mira el águila, se ha posado en la vida, en nuestra vida, es como un ángel de otra teología, es como un pájaro de otras pajareñas, adónde va este bicho, dime por qué se queda, van pasando los días nublados en lo verde, transcurre nuestra vida entre ropas y naipes, y allá arriba en el cielo, por encima del águila, veo pájaros de siempre, creados por la costumbre, las urracas que se cuentan sus cosas y se comen la fruta, las urracas que conversan ciruelos, que las urracas, oye, se están comiendo todas las ciruelas, pues déjalas, mujer, qué mayor hermosura que alimentar tantas urracas, son damas de otra corte, parleras y malvadas, enemigas del gato y del arcángel, pájaros sin encanto, con fama de mujeres, de mujeres/urraca, que coman de mi fruta, que hablen de mi cosecha, son pájaros como letras de la vida, el pájaro que digo es otra cosa.

El pájaro que digo, mira el águila, es ya casi emblemático, pavo real de hierro, cóndor de días, el pájaro ha cubierto nuestra casa, y nos tapa el presente y el pasado y el futuro, no sabíamos, no sabías, amor, qué había al final de una cronología, y hay un gran pájaro, individuo que no levanta el vuelo porque no cabe, sin duda, en los espacios, pájaro que enverdece nuestra vida, y la enverdece en negro, y nunca canta, heráldica excesiva de lo poco que somos, qué hace ahí ese gran pájaro, invisible en los sueños, sólo visible a la más clara realidad. Alguien, algo, los recuerdos, el tiempo, el presente (siempre ignorado por culpa de la actualidad) resulta que es un águila de hierro adonde tú te adentras, confiada, con tus viejas canciones, cortando rosas, yendo y viniendo como niña en peligro, pájaro que a mí me tiene metido en casa, obsesionado en verde, mas cómo verdea lago en los espejos, qué hacemos con el pájaro, María, ya veo que tu inocencia, tu vivir natural conjura al pájaro, tú te vas sin peligro hasta su fondo, y vuelves con una semilla o un tomate, yo me muero de pájaro, María, creo que pica en mi pecho su gran pico.

Que me tapa los ángeles, que me tapa los cielos, que me tapa el cobre funeral de las ciruelas. Los lunes hay más pájaro, naturalmente, mas nunca

tanto como los domingos. Por entre las persianas, en algunos espejos, en el cristal de un cuadro, en el agua del agua, veo ya indicios de pájaro, sé si nos cubre enteros o ha levantado el vuelo, aunque ya vuelve. Tú conjuras al pájaro, pues claro, tú persuades al águila, te la llevas despacio hacia otro atlas, yo en mi cama de enfermo sonrío si sale el sol, si dice el agua, si hay niños o manzanas entre el clima. O si el águila viene (miran sus inmirables ojos por la celosía), si picotea mi pecho, si come de mi ausencia, porque estoy trabajando en un rincón, primero fui la víctima del águila, su prisionero apaisado y para siempre, ahora sé que conjuras esa cosa de hierro y duración, que te llevas el águila despacio, que te entregas al cóndor como aquella otra al cisne, que le has domesticado, que se te confunde, incluso, con el jardín. Con que de ti dependo, de tu hechizo, de tu mirar al pájaro a los ojos, porque una como cierta falta de imaginación te permite ver un pájaro en un pájaro, un árbol en un árbol, incluso verme a mí, que no me veo. Del pájaro y de ti he aprendido, pues, los ensalmos de la sencillez, la falta de poder de algunos pájaros contra el vivir tranquilo de una hembra. Llévate un día para siempre el águila.

Si hay tormenta hay más pájaro, más águila, más alas goteando luto a lo ancho del paisaje que no hay. El invierno, la lluvia, algunos lunes, son la materia de que está hecho el pájaro. El verano, las niñas, el agua alta lo desvanecen casi y ya no duele tanto por el pecho. La sencillez se lleva casi todo, la sencillez hace fiesta a lo lejos con las cosas ya muertas o acechantes, hace la gran hoguera del sol último, la sencillez vuelve cantando entre despojos, la casa queda limpia, sosegada, el cielo está más cerca y duele menos. La sencillez siempre inaugura el mundo.

Las semanas del pájaro, María, la inminencia del pájaro, y lo que he descubierto, que de lejos, si estoy en la ciudad, entre caballos negros y mitología, el pájaro me atrae como un refugio, lo que quiero es perderme en su enramada de águila, ah su ominosa paz, su incesante quietud.

Luego, bajo su fúnebre refugio, el pájaro me duele en la garganta, hace presa en mi ser como la humedad hace presa en un adorno de la pared. No es más violento su contacto, pero mojado vivo, sudando en verde, entre el techado de águila y espanto.

Así llegó María, recorrió el tiempo, así acudieron los solares gatos, volvía el cielo a ser el código de siempre, lo verde era un jardín o un árbol solo, el águila de hierro ya no estaba, yo lo miraba todo, en mi cama de enfermo, sintiéndome aliviado, respirando claridad con los ojos, listo para morir, para vivir, herido de ambas cosas, y sabiendo/sabiendo que el águila ha hecho nido en esta casa, que volverá algún día para quedarse, que moriremos de águila y de ratos perdidos, que moriremos muy sencillamente, o me moriré yo, que soy más viejo, con una taza en la mano, esperando ese té que nunca llega.

Francisco Umbral